





CAPÍTULO IX

LA AVENTURA DEL IMAGINARIO EN LA VASTEDAD DEL CABO

Óscar Barrientos

*Comenzaré por decir, sobre los días y años de mi infancia,
que mi único personaje inolvidable fue la lluvia.
La gran lluvia austral que cae como una catarata del Polo,
desde los cielos del Cabo de Hornos hasta la frontera.*
PABLO NERUDA





Sabido es que existió a partir de 1937, en el entrañable puerto de Saint-Malo, una célebre cofradía compuesta por los navegantes que habían doblado a vela el temible Cabo de Hornos. Aquella pléyade de hombres corajudos e iniciáticos respondía al nombre de *cap horniers*.

En alguna oportunidad, el escritor Francisco Coloane, que definió al rudo peñón del fin del mundo como «ese trágico promontorio que apadrina duelo constante de los dos océanos más importantes del mundo», fue invitado de honor a esa célebre cofradía y allí narró la historia de un barco cargado de pianos que naufragó en el extremo meridional del globo, lo que motivó la leyenda de que las olas enfurecidas en días de tormenta hacen sonar una música en las profundidades marítimas.

Cuentan quienes fueron testigos de la elocuencia de Coloane que los cofrades escucharon asombrados sus palabras, quizás rememorando el rugido del viento sin boca y por cierto, la experiencia extrema de llegar hasta el confín

donde el vendaval amenaza con su espada de piedra.

Y es que de sólo concebir ese capricho de la confusa geografía, no puede evitarse aludir a epítetos, palabras que brotan como un manantial en esa fuente donde hasta la hipérbole se queda corta. Cabo de las tempestades, Donde se Acaba el Mundo, Punto más meridional de América, Cementerio de barcos.

Pese a que, al sólo nombrarlo, evocamos naufragios y fallidas empresas de navegación, es el punto del planeta más comentado, al menos desde el siglo XVII hasta el siglo XX. No sería raro que siguiera cautivando la curiosidad y el asombro en los tiempos venideros, pero si el mar es una hoja en blanco donde el hombre escribe el vestigio de sus industrias, muchos grandes escritores escogieron esa media luna de piedra que custodia dos océanos como un escenario privilegiado y cardinal.

Cuesta resistirse a la tentación de escuchar su música.

« El Coronet en Cabo de Hornos, 1888. En ese año, Rufus T. Bush dio la vuelta al mundo en el *Coronet* y por primera vez lo hizo de este a oeste. En la actualidad, la embarcación se encuentra sometida a una reparación completa en la International Yacht Restoration School de Newport, RI (Estados Unidos).

Con el mástil partido, las velas rotas y la cubierta llena de agua, ¿qué hacer, sino esperar un milagro? *The Graphic* (Photo Hachette).

Tempano varado en una playa del fiordo Pía, en el canal Beagle.



UN ALBATROS QUE ATRAVIESA LAS ERAS

Veamos por un instante a ese coloso de los mares que despliega sus alas en la inmensidad de un cielo amenazando con una lluvia torrencial. La envergadura de sus alas es enorme, de coloración blanca y negra. Representa la proeza de un monje oscuro que ahora sobrevuela la agreste rocosidad del Cabo de Hornos y por instantes pareciera que el ave monumental se fundiera con la geografía violenta y desolada a la vez.

De pronto, es un fantasma que tutela la bravura del océano, el viento que mece las olas en la oscuridad, las islas abandonadas, al velero que surca en solitario la cercanía del peñón, al farero que aguanta el invierno eterno junto a su familia. Sinfonía aerodinámica que traduce una sabiduría ancestral, sin embargo su nombre encubre una etimología

fatídica y cercana a la maldición, ya que la palabra *albatros* es la traducción inglesa de *alcatraz*, voz árabe que quiere decir «lugar donde yacen los vagabundos de mar y tierra».

Por ello, gran parte de la literatura ha visto la figura del albatros como un símbolo tatuado a la noción del fin del mundo y en especial, al Cabo de Hornos. Muchos observan en su vuelo la épica, el arrojo, pero también la melancolía infinita de la soledad en horas donde hasta el alma se escora y la muerte sonríe en la penumbra.

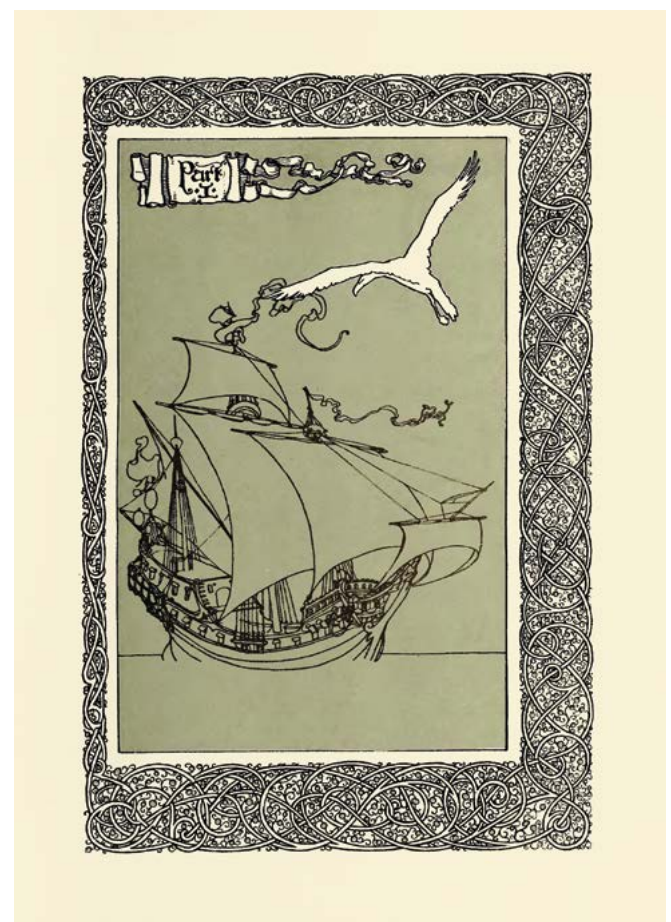
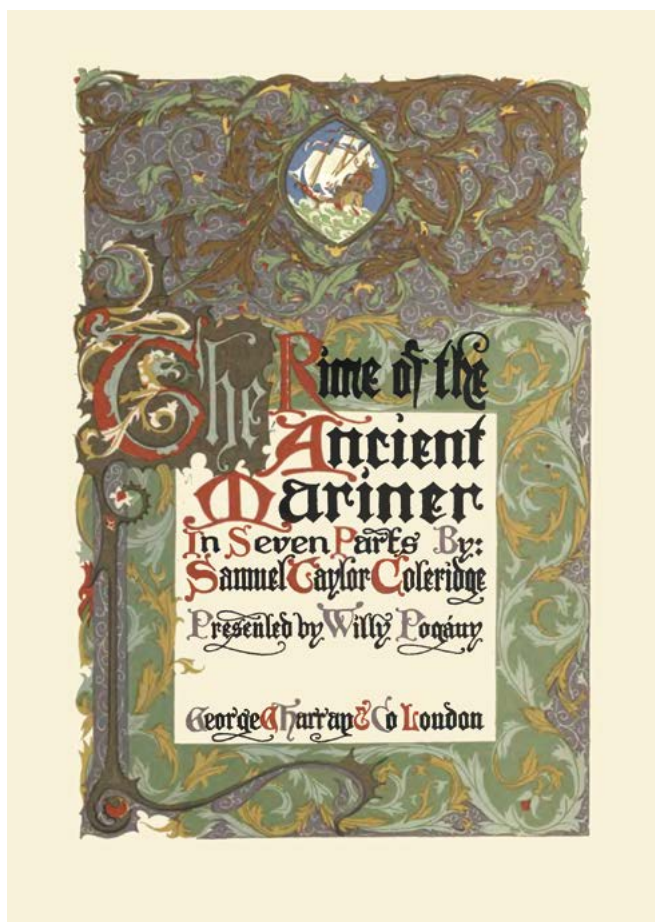
Samuel Taylor Coleridge, el célebre escritor inglés y fundador del romanticismo en Inglaterra, elabora en *La rima del viejo marino* un desconcertante y soberbio poema donde narra la lucha del hombre contra un sino trágico y el

castigo moral de los dioses que gobiernan la natura, los mundos inexplorados, los confines sagrados y bendecidos, inmarcesibles.

El poema recuerda en su ritmo y estampa a las viejas baladas de taberna. Está compuesto de siete partes y como argumento versa la siguiente leyenda: «Cómo una nave que habiendo cruzado la Línea fue arrastrada por las Tormentas al País helado que está hacia el Polo Sur; y cómo desde ese lugar siguió rumbo hacia las Latitudes tropicales del Gran Océano Pacífico; y de las cosas extrañas que ocurrieron; y de qué forma el Antiguo Marinero regresó a su País.» Chatwin, uno de los más grandes hermeneutas del libro de Coleridge, aclara que el viaje se refiere a los paisajes, a la Antártica, el paso Drake y por cierto, a nuestro Cabo de Hornos.

< El albatros, protagonista literario absoluto. Colonia de albatros en las islas Diego Ramírez.

> La épica *Rima del viejo marino*, de Samuel Taylor Coleridge, ha producido bellas ediciones ilustradas, como esta de 1910 de George C. Harrap & Co. con ilustraciones de Willy Pogány.



Dice en una de sus estrofas:

*La brisa buena sopló, la espuma blanca voló
El surco seguía libre detrás
Éramos lo primero que alguna vez irrumpía
Dentro de ese mar silencioso.*

La trama transcurre en el contexto de un matrimonio donde ingresa un anciano navegante a narrar una historia, un vagabundo de los mares que ha sobrevivido a una odisea difícil de describir. Allí entrega su relato, describiendo la suerte de un joven marino que ingresando en las aguas del extremo sur, observa desde el navío a un albatros que le seguía el curso. Lo ultima con una ballesta y la tripulación, supersticiosamente, le atribuye ser el causante de futuras desgracias, así que en señal de penitencia le amarran el pesado animal al cuello, a la manera de un collar. Eso no impide

que la tormenta castigue al barco con vientos furiosos y que lleve al bajel al imperio de las sombras, donde habitan megofías y monstruos que custodian las pesadillas. Así lo evidencian estos versos:

*Más allá de la sombra del navío
contemplaba las serpientes de las aguas:
se movían dejando estelas de blanco resplandor;
y cuando se erguían, la luz encantada
se convertía en copos canos.*

Los dioses paganos de la natura jamás perdonaron la ofensa de esa nave maldita, cometida en las puertas del Cabo de Hornos. Solamente sobrevive el hechor del impropio y termina en un islote abandonado junto a un ermitaño.

Una vez que el collar-cadáver cae de su cuello, la maldición se ha roto.



- < La artista visual Paola Vezzani se inspira en la geografía y los materiales del extremo sur para crear sus delicadas obras. De la serie *Fragilidad*. Collage sobre papel, 20 x 16 cm. 2014.
- > El marinero de Coleridge, con el albatros colgando de su cuello como castigo por su fechoría. Grabado en madera de Gustave Doré (1876).





Hay otras fuentes más directas para entender el nexo de este poema con el Cabo de Hornos: en 1719, el capitán George Shelvocke, al mando del *Speedwell*, completaba la vuelta al mundo. Los fragmentos de su bitácora son derechamente espectrales y le llama profundamente la atención la ausencia de cualquier animal en ese paisaje onírico, salvo «la desconsolada excepción de un albatros negro que nos acompañó durante varios días, revoloteando a nuestro alrededor como si estuviera perdido».

En sus memorias (editadas en 1726) narra una historia prácticamente calcada en las cercanías del Cabo de Hornos, protagonizada por un primer oficial que respondía al nombre de Hatley, un marino melancólico que habría matado al albatros. No es de extrañar nada de esto, ya que quien editó a Shelvocke fue nada menos que William Wordsworth, escritor, teólogo y amigo entrañable de Coleridge.

- ^ El poema de la porteña Sara Vial se inspira en el albatros para recordar a los fallecidos en las aguas del Cabo de Hornos.
- > En su libro *Voyage Round the World by way of the Great South Sea* (1827), Shelvocke narra un incidente con un albatros que dio pie al argumento de *La rima del viejo marino*.

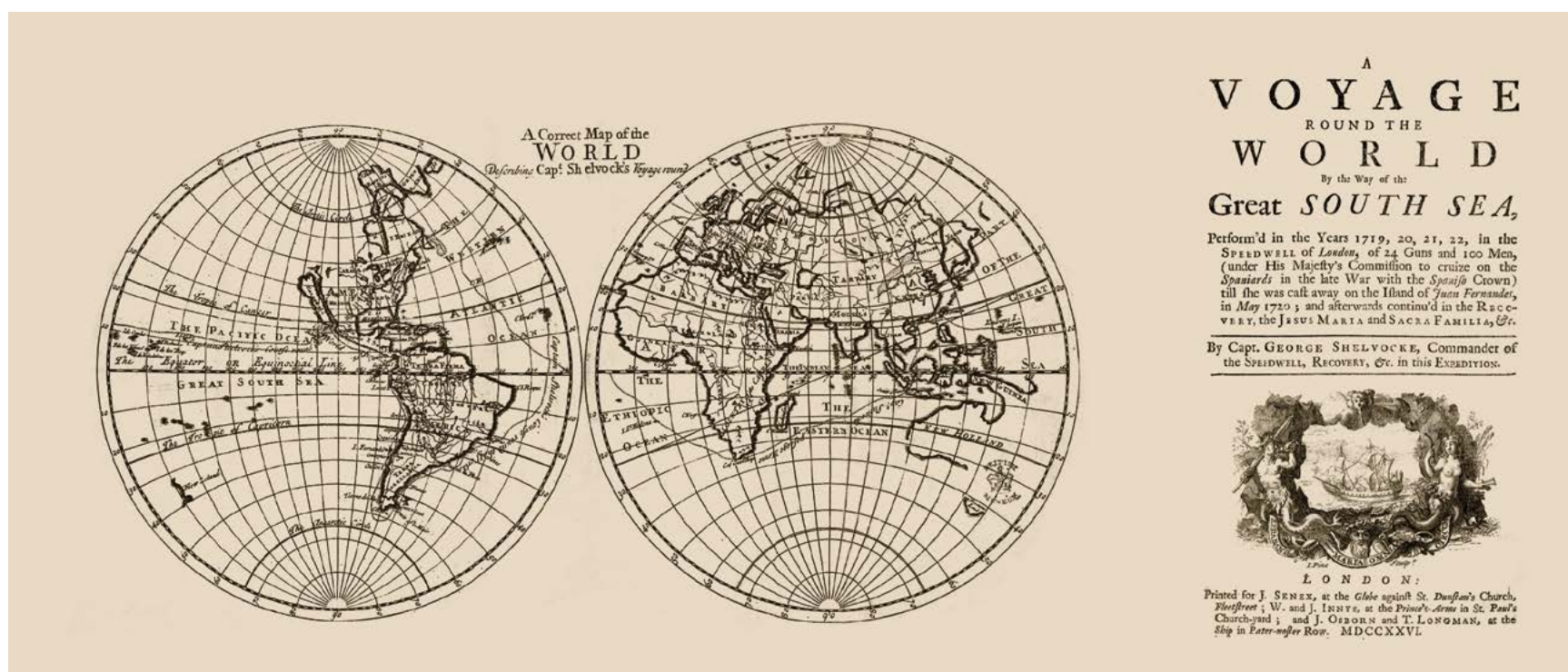
Así fue la vida de este enorme escritor que nunca salió de las Islas Británicas: un extraño cóctel de ansias de aventura, moralismo y opio. Algo de ese aire fantástico aún flota en su poema como un fantasma redentor. Entonces, ya sabremos que el Cabo de las tempestades tiene un particular vigilante que custodia su sagrado dominio.

Quizás por ello Baudelaire veía en este animal la encarnación del poeta, del ser que en tierra es imperfecto y torpe, pero que en las alturas es majestuoso y sacrosanto, un ser que no es de este mundo:

*Este alado viajero,
¡qué inútil y qué débil!
Él, otrora tan bello, ¡qué feo y qué grotesco!
¡Éste quema su pico, sádico, con la pipa,
Aquél, mima cojeando al planeador inválido!*

El hecho de que este pájaro conlleve el infortunio y la redención fundidos en la misma copa, lo constituye en un monarca sin corona de aquel pedazo de piedra incrustado como un puñal en el corazón del océano. Desde su altura vigila el paso del tiempo y por ello poetas y escritores le han dedicado sus esfuerzos, como advirtiéndolo en él cierto plan divino por oponerse a cualquier empresa humana, incluso una tan arriesgada como doblar el Cabo de Hornos.

Así lo evidencia la placa en el promontorio de aquel lugar, inaugurada el 5 de diciembre de 1992 por iniciativa de la Cofradía de los Capitanes del Cabo de Hornos *Cap Horniers*, que rindieron un sentido homenaje a todos los navegantes que perecieron en la compleja hazaña de domar a los sopladores furiosos. De esta manera, se cita en dicha placa los versos de la poeta porteña Sara Vial.



EL FARO MÁS LUMINOSO

Ni el faro de Alejandría que iluminó a las naves en tránsito durante épocas ya borrosamente preteritas y representó lo más resplandeciente del conocimiento de una época, puede equipararse a quien lleva luz a los perdidos en ese punto donde la trizadura del globo parece mostrar su moneda de piedra y sal. Me refiero al faro de San Juan de Salvamento, más conocido como el faro del fin del mundo, emplazado en la Isla de los Estados el año 1884.

En sus comienzos una rústica vivienda de lenga con techo circular cuyos lentes de Fresnel y queroseno significaron una esperanza que disipaba las tinieblas, siempre aliadas al espíritu de la tempestad, aquel faro fue iniciativa de la División Expedicionaria al Atlántico Sur, bajo las órdenes del comodoro Augusto Lasserre, con el fin de establecer una prefectura que auxiliara los múltiples naufragios acaecidos en la zona del Cabo de Hornos.

En 1906 Julio Verne publicaría la novela *El faro del fin del mundo* recurriendo a las legendarias historias que se tejían en torno a estos parajes desolados, esta vez creando una suerte de ensenada ficticia: la bahía de Elgor.

La idea del emplazamiento de un faro que oriente a las embarcaciones que se arriesgan a pasar del Atlántico al Pacífico es un motivo recurrente en las páginas del relato de Verne, aunque todo parece presagiar la aparición de la felonía, ese rostro más vil de las debilidades humanas que se asoma incluso en los sitios más remotos del globo. Sólo tres marinos viven en el ingenio, permaneciendo noventa días sin novedades y con el ánimo arriba.

La irrupción de unos piratas expertos en saquear las embarcaciones que encallan en la zona, rompe la pasividad de la historia. Los facinerosos son comandados por un ser temible y cruel que responde al nombre de Kongre.

Dos de los fareros resultan brutalmente asesinados y sólo sobrevive Vásquez, el tercero, que logra felizmente ocultarse.

Por momentos, da la impresión de que la dolorosa humanidad que Verne le imprime a sus personajes tiene que ver con una naturaleza sobrecogedora y desgarradora, en ocasiones hasta cruel.

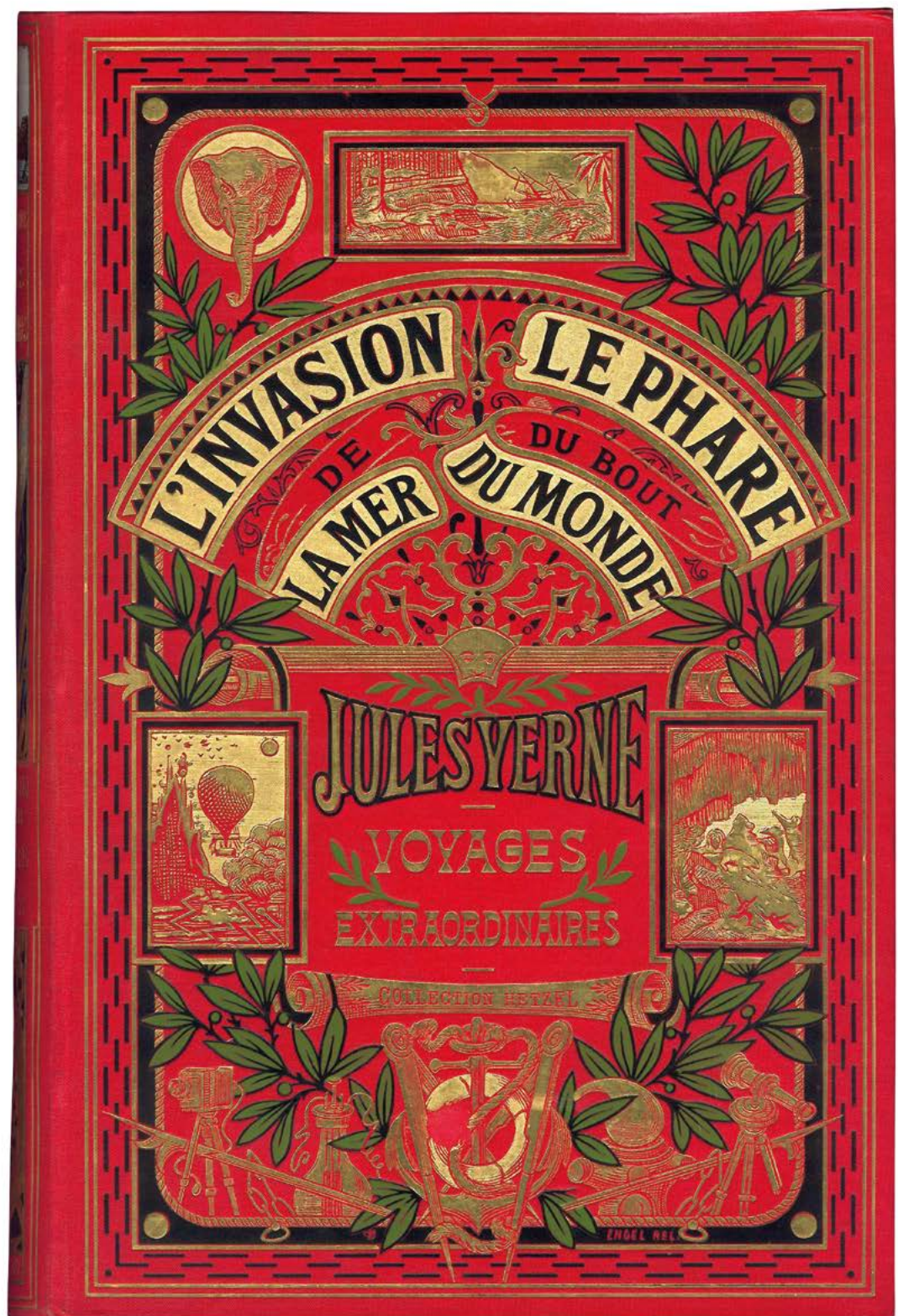
No sería la única novela donde Julio Verne escogiera como escenario el mítico Cabo de Hornos. También tenemos a *Los naufragos del Jonathan*, escrita originalmente en 1897 bajo el título *En la Magallania*. No obstante, luego de ser corregida por su hijo Michel y editada en 1909, la conoceríamos con el nombre que hoy manejamos.

La obsesión de la travesía tortuosa y por el faro más meridional está tatuada a fuego en la trama. El protagonista responde al nombre de Kaw-Dyer («sin dios ni amo»), personaje ácrata y a la vez prometeico que naufraga en la isla Hoste con un grupo de personas. Allí establecen una suerte de colonia tolstoyana hasta que aparece el fantasma del poder.

La descripción del Cabo no se hace esperar, cuando se encuentran cerca del punto, enfrentando vientos huracanados:

El Cabo de Hornos está perfectamente adecuado para que en él levanten un faro, que iluminaría ese límite común a dos océanos. Lo exige la seguridad de la navegación y de seguro que disminuiría la cantidad de siniestros, tan frecuentes en aquellos parajes. A falta de faro, no cabía duda de que la hoguera encendida por la mano del Kaw-Dyer había sido vista. Así el capitán del navío no podía ignorar, lo menos, que se encontraba muy cerca del Cabo. Informado sobre su posición exacta por aquel fuego, le sería posible ponerse a salvo lanzándose por los pasos a sotavento de la isla Hornos.

Tengo la impresión de que Verne siempre ocupó lugares remotos para situar falansterios, empresas excéntricas o ingentes desvaríos de la forma, aunque acompañados de la observación directa y la verificación científica. Eso no mermó en nada el ímpetu de sus personajes algo anarquistas, empeñados en subvertir un orden difícil de invisibilizar. Para Verne, las sórdidas pasiones humanas, las bajezas, las execrables vanidades del egoísmo y el poder siempre llegaban hasta los parajes más remotos. El Cabo de las Tempestades también podía ser atrapado por su dominio.



- Julio Verne utilizó el Cabo de Hornos con asiduidad para el emplazamiento de sus aventuras. Este volumen de los *Viajes extraordinarios* en la edición de Hetzel (1867) recoge *La invasión del mar* y *El faro del fin del mundo*.

¿CABO O CUERNO?

Uno de los rasgos medulares de la entrañable literatura de Joseph Conrad es la idea de privilegiar la hechura escritural por sobre la copa del triunfo. Eso llevó al célebre narrador de aventuras a homologar el oficio literario con un velero y al mar con un autócrata salvaje. Para Conrad el velero es un ser vivo, una especie de energía imparable que se funde con los elementos en su navegación y también con quien lo gobierne. La fiereza del océano o la mansedumbre de la brisa constituirían dos argumentos de un mismo lenguaje.

- ✓ El *HMS Daphne* en los alrededores de Cabo de Hornos, una rara escena de calma (Edward Gennys Fanshawe, 1852).



Cape Horn. May 28th 1852.

La novelística de Conrad es vasta y compleja, constituyéndose en uno de los paradigmas más reveladores y originales de las letras inglesas, ya que lleva el género de aventuras casi a dimensiones metafísicas. Así lo evidencian entregas como *El negro del Narcissus* (1897), *Lord Jim* (1900), *La Locura de Almayer* (1895), *Nostromo* (1904) y *Tifón* (1902).

Esta última novela se detiene un poco en el peñón del fin del mundo, haciendo hincapié en la ruta del cobre, itinerancia que aparece primero en la literatura naviera que en las preocupaciones de los historiadores. Se trata del tránsito entre Hamburgo y Santa Rosalía (Baja California Sur), por Cabo de Hornos, desde 1886 a 1914. Definida por Conrad como «la última escuela de navegación», sabemos que el escritor entrevistó a un capitán escocés que serviría de base para crear al capitán McWhirr, quien enfrenta las furias del extremo meridional y la tensión de un clima que no parece de este mundo.

Sus personajes, surcadores de la antípoda tempestuosa, parecen presos de una melancolía atroz.

Pero es en una de sus novelas más singulares, casi escritura de culto, donde aparece más nítida la presencia del Cabo de Hornos. Se trata de *El espejo del mar*. Estamos ante un relato donde la experiencia autobiográfica parece coincidir frontalmente con la prosa literaria, desarrollando una aventura desaforada y una profunda reflexión sobre la aparición de los vapores en detrimento de la navegación a vela. Escribía Conrad en 1919: «*El espejo del mar* constituye el mejor homenaje que mi piedad puede rendir a los configuradores últimos de mi carácter, de mis convicciones, y en cierto

sentido de mi destino: al mar imperecedero, a los barcos que ya no existen y a los hombres sencillos cuyo tiempo ya ha pasado.»

Es allí, en medio de esas reflexiones intensas, impregnadas de la lucidez de quienes han atravesado los océanos, donde cobra importancia el Cabo de Hornos como confín castigado por la furia de dos océanos:

Fue en algún punto cerca del Cabo –siendo el Cabo, por supuesto, el Cabo de Buena Esperanza, el Cabo de las Tormentas de su descubridor portugués. Y ya sea que la palabra tormenta no debe pronunciarse en el mar, donde abundan las mismas, o que los hombres no se atreven a confesar sus buenas esperanzas, el caso es que se ha convertido en el cabo sin nombre, en el Cabo tout court. El otro cabo del mundo, curiosamente, es llamado cabo muy pocas veces, si es que alguna. Decimos «un viaje alrededor de Hornos»; «remontamos Hornos»; «el azote de las olas fue tremendo a la altura de Hornos»; pero rara vez «el Cabo de Hornos», y, de hecho, con cierto fundamento, ya que el Cabo de Hornos es tanto una isla como un cabo. El tercer cabo tormentoso del mundo, que es el Leeuwin, recibe, generalmente, su nombre completo, como para consolarlo de su dignidad de segunda categoría. Estos son los cabos que presiden temporales.

Más adelante, se detiene en una curiosidad lingüística. Conrad sostiene que muchos hombres de mar omiten la palabra «cabo» e intencionan el vocablo *The Horn* («el cuerno»). Eso es también el Cabo de Hornos, un cuerno por donde respira la geografía filosa de lo extremo, una catedral construida por las edades para demostrar el triunfo de lo telúrico y la rotunda valentía de los veleros.



PASE LO QUE PASE, RUMBO OESTE, RUMBO OESTE

«Siete semanas llevaba el Mary Rogers entre los 50° sur, en el Atlántico, y los 50° sur, en el Pacífico, lo que significaba que llevaba siete semanas luchando por doblar el Cabo de Hornos. Siete semanas había pasado en plena borrasca, o casi, excepto una vez, después de seis días especialmente tempestuosos, en que habiendo buscado refugio en la peligrosa costa de la Tierra del Fuego, estuvo a punto de ser arrojado a tierra durante la fuerte marejada que acompañó a la calma chicha que siguió. Siete semanas llevaba luchando contra los rompientes del Cabo de Hornos, sufriendo a su vez sus acometidas y embates. Era un barco de madera, y la constante presión a la que estuvieron sometidas sus tablas había terminado por provocar varias vías de agua, así que los que estaban de guardia tenían que aplicarse a las bombas de achique.»

- ^ Acometidas y embates de las olas en el mar de Drake.
- *Fildes Bay*, de Gianfranco Foschino. Video instalación de dos canales sincronizados. HD. 5 min. Color. Sin sonido. Loop. 2016 / 2 monitores LED de 48" con marcos de madera blancos montados a muro. / Ubicación: Bahía Fildes, isla Rey Jorge, Shetlands del Sur.

Así comienza el cuento de Jack London titulado *Rumbo al oeste*, que pertenece al libro *Los nuevos cuentos del mar*.

Es tal la ferocidad del clima, la acerada inclemencia del temporal, que los marineros prometen su alma a las deidades de las sombras a cambio de unas millas al oeste. Pero ni siquiera los demonios parecen tener jurisdicción en ese trecho donde ambos océanos demuestran lo más radical de su saña y se enfrentan cara a cara, entrechocando sus copas en la oscuridad.

Esta notable narración no sólo constituye un cuadro auténtico de las maniobras de un navío que intenta doblar el Cabo de Hornos, sino que constituye un homenaje a todos quienes se aventuraron en medio de las olas, sin otro escudo que su osadía y terminaron en el ano-

nimato de las profundidades, allí donde el dios Neptuno custodia la vastedad de su imperio, con su tridente y su trono de coral.

El capitán Dan Cullen, que comanda el *Mary Rogers*, siente que no podrán consumir la travesía y la letanía que grita a sus tripulantes parece una plegaria pronunciada en las entrañas del averno: «Pase lo que pase, rumbo oeste, rumbo oeste.»

Huidobro alguna vez dijo que los puntos cardinales eran tres: norte y sur.

Quizás en el Cabo de Hornos los puntos cardinales son dados movidos por el viento, un lugar donde la brújula es la circunferencia de un mundo inabarcable. Todo lo que sostiene la derrota y el extravío.



PYM CRUZÓ EL UMBRAL

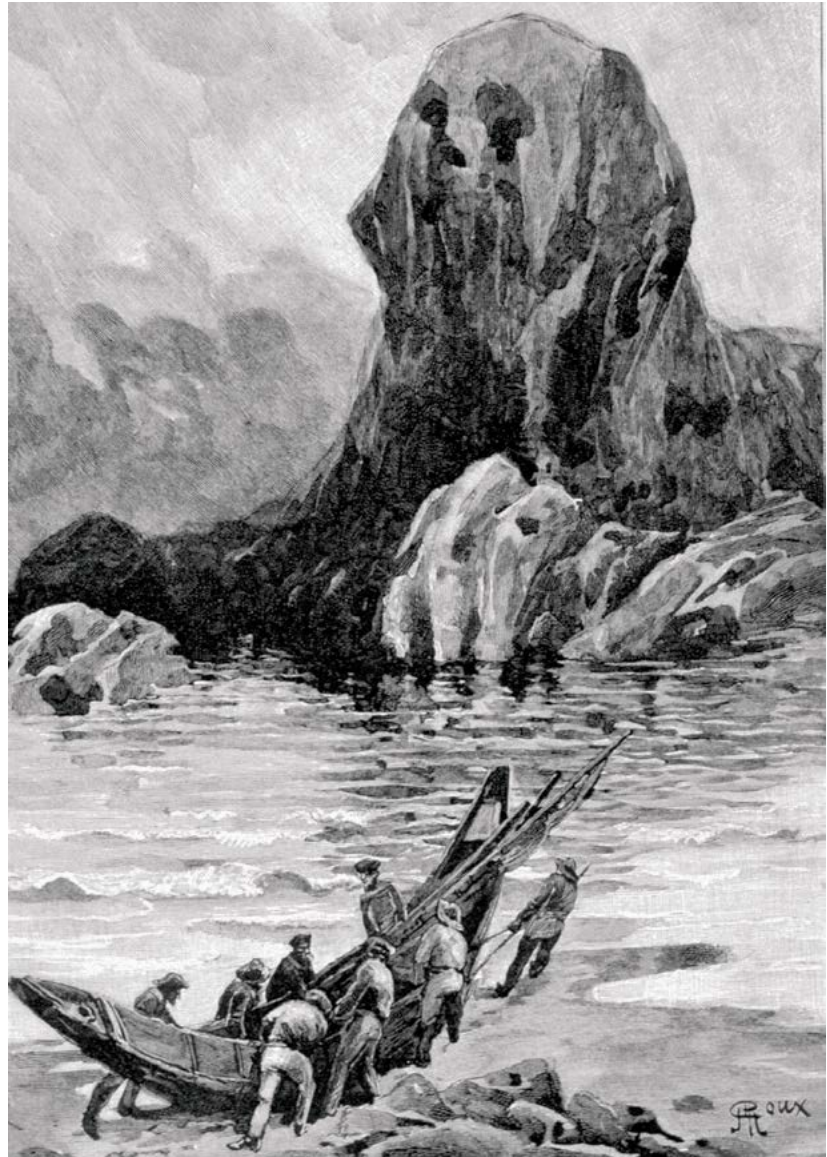
Edgar Allan Poe escribió una sola novela. Se titula *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* y fue publicada fragmentariamente en la revista *The Messenger* en 1837, y luego, ya completa, en 1838. Es un libro que no escapa a la atmósfera de fantasía y misterio de sus relatos, esta vez insertando escenas sórdidas de pánico y canibalismo.

Wells y Lovecraft son deudores profundos y confesos de esta soberbia novela de Poe. No obstante, Cortázar es quien más le sigue la pista,

identificándola con los relatos de imaginación razonada y explicando su ascendiente en los relatos de marineros que llegaban hasta los puertos de Estados Unidos, pese a que un sector no menor de la crítica de la época interpretó esta novela como una suerte de burla a los lectores crédulos, ansiosos de hazañas náuticas poco verosímiles. Eso concuerda en algún punto con el manifiesto literario de Poe *La filosofía de la composición*, verdadero tratado de mente fría para disponer de los elementos literarios, escrita paradójicamente por un romántico.



THE "CENTURION" OFF CAPE HOR.



El personaje principal, Arthur Gordon Pym, es hijo de un comerciante de Nantucket que, impresionado por los relatos navieros de su amigo August Barnad, se enrola en el bergantín *Grampus*, para descender hasta la antípoda meridional, el extremo sur del mundo, oculto como un polizón en las bodegas.

A bordo del navío le toca vivir un sangriento motín y el ascenso del contraмаestre Dick Peters, personaje esencial en los hechos futuros, cuando ingresan en las colinas de la desesperación. La entrada al Cabo de Hornos, teñida de patente aura tormentosa, da pie a una atmósfera viscosa y siniestra que termina entregando a la incógnita el destino final de Pym.

El Cabo de Hornos también puede ser un umbral donde se desciende hasta la noche plutoniana, hasta el averno donde duermen los dioses del mundo antiguo. Curiosamente, ante el vacío por el paradero de Pym, Julio Verne escribe *La esfinge de los hielos*, donde unos aventureros viajan siguiendo la ruta en busca del personaje de Poe y se topan con una isla en forma de esfinge que funciona como un imán, donde el cadáver de nuestro héroe se encuentra crucificado a su fusil.

◀ El *Centurion*, luchando por mantenerse a flote en los alrededores del Cabo de Hornos (grabado del siglo XIX).

⤴ En *La esfinge de los hielos*, de Julio Verne, aparecen temas recurrentes en sus novelas: los marineros, el extremo sur del mundo, una rebelión, una isla abandonada, un terrorífico misterio. Grabado de George Rouxe, 1895.

MELVILLE SE ENFRENTA AL LEVIATÁN

Se sabe con absoluta precisión que Herman Melville zarpó desde el Oeste de Estados Unidos y dobló el Cabo de Hornos alrededor de 1840. En las costas de Chile escuchó muchas historias en los barcos balleneros y se lanzó a la temeraria caza de enormes cetáceos que entregaron su aceite a los faroles de las calles.

En las aguas del golfo de Arauco se enteró del ballenero Essex, hundido en 1820 por un devastador cachalote albino que conocían con el nombre de Mocha Dick. La primera palabra alude a la isla y el segundo vocablo es el nombre coloquial de «Ricardo», uno de los arponeros. De esta manera, un explorador llamado Jeremiah Reynolds publicó su relato *Mocha Dick o la ballena blanca del Pacífico: Una hoja de un periódico manuscrito* en 1839. En uno de sus párrafos afirmaba:

Este monstruo célebre, que había salido victorioso en centenares de batallas con sus perseguidores, era un viejo macho cachalote, de tamaño y fuerza prodigiosos. Por efecto de la edad, o más probablemente por ser una deformidad de la naturaleza, como se ha exhibido en el caso del Albino Etíope, una consecuencia singular se daba: ¡era blanco como la lana!

Todo este acopio más el bagaje experiencial llevó a Melville a escribir *Moby Dick*, situando las acciones en el Pequod y colocando como protagonista a Ismael, un marino desencantado y melancólico. Quien comanda el navío es el capitán Ahab, un verdadero fanático religioso cuya pierna fue devorada por la bestia y que sostiene su cruzada de cacería identificando a Moby Dick con el Leviatán del Antiguo Testamento.

Cuando el capitán Ahab unta con sangre pagana el arpón que clavará en la ballena blanca, pronuncia: «*Ego non baptizo te in nomine Patris, sed in nomine diaboli.*»

¿Pero es sólo la travesía de un marino mutilado? Es todavía más terrible, el capitán Ahab lucha contra el demonio, contra la personificación del mal, el Leviatán de la tradición judía que aparece en el Libro de Job:

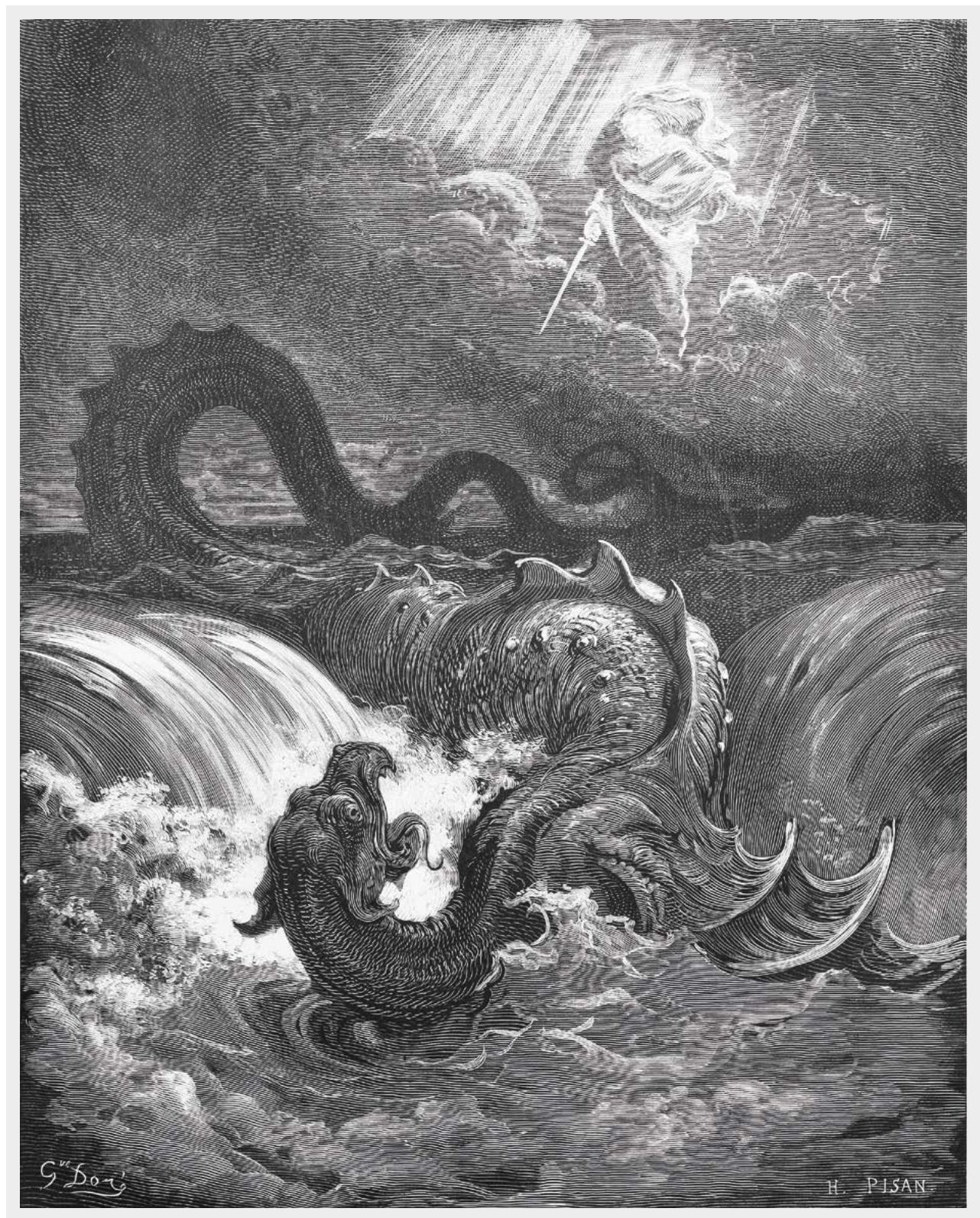
Sacarás tú al Leviatán con anzuelo,/ O con cuerda que le echas en su lengua?/ ¿Pondrás tú sogas en sus narices,/ Y horadarás con garfio su quijada?/ ¿Multiplicará él ruegos para contigo?/ ¿Te hablará él lisonjas?/ ¿Hará pacto contigo/ Para que lo tomes por siervo perpetuo?/ ¿Jugarás con él como con pájaro,/ O lo atarás para tus niñas?/ ¿Harán de él banquete los compañeros?/ ¿Lo repartirán entre los mercaderes?/ ¿Cortarás tú con cuchillo su piel,/ O con arpón de pescadores su cabeza?

El Leviatán será descrito por las Sagradas Escrituras como una serpiente feroz y sombría, una especie de monstruo marino que los balleneros han incorporado al amplio espectro de sus supersticiones. En Isaías 27:1: «En ese día, el Señor castigará con su espada, su espada feroz, grande y de gran alcance, Leviatán la serpiente que se desliza, Leviatán la serpiente enrollada; Él destruirá al monstruo del mar.»

Es una novela vitalista por sobre todas las cosas. De hecho, se tiene constancia de la correspondencia que Melville tuvo con su hijo Malcolm, de manera especial una carta firmada al doblar el Cabo de Hornos. Allí describe el meollo de la peripecia marinera y adelanta ideas, bosqueja parte de su imaginaria literaria.

Este libro, tan inquietante como aterrador, está dedicado a Nathaniel Hawthorne, el autor magistral de *La letra escarlata*.

Una de las novelas más relevantes de Melville será *Benito Cereno*, vista por algunos como un rostro de la mixtura americana y por otros como un relato gótico.



^ La Destrucción de Leviatán. Ilustración de Gustave Doré de las Sagradas Escrituras y el Antiguo y Nuevo Testamento, edición de 1885, Stuttgart-Alemania.

Narra el encuentro de dos navíos, el *Bachelor's Delight*, comandado por el estadounidense capitán Délano, y el *San Dominick*, al mando de Benito Cereno. Este bajel, de aspecto fantasmagórico, lleva un esqueleto humano como mascarón de proa. También presenta velas ajadas, cuaderñas corroídas por el paso de los elementos. Por momentos, los lectores dudamos del lastre de la realidad y nos da la sensación de estar cruzando el umbral del mundo de los muertos.

Algo de eso ocurre, cuando nos enteramos de que el *San Dominick* había naufragado frente al Cabo de Hornos, transportando esclavos.

Melville seguirá siendo el gran rapsoda del mar que dobló el cabo de los dos océanos llevando de él la tormenta de su cosmovisión literaria, la infinita soledad de los parajes donde vagan las almas errantes.





LOS PIANOS AÚN SIGUEN SONANDO

Si la literatura es (como muchos han reiterado) una suerte de música, creo que los pianos descritos por Coloane en ese naufragio sonaban desde antes, desde tiempos inmemoriales, de aquellos intersticios donde los escritores se esmeraron en descubrir con su ensoñación, el cabo de los dos océanos, el epílogo del continente americano.

Los pianos siguen sonando bajo el mar.

La destreza del navegante, la melancolía del viajero y la ensoñación de quien empuña la pluma para evocar el fin del mundo comparten un pacto secreto con la muerte, con esa música sombría pero solemne.

Eso pensé en la oportunidad en que atravesé en un barco el mar de Drake y pude encontrarme con ese trozo de piedra y vendaval que ha alimentado mis lecturas, mis autores tutelares y la épica eterna del océano. A Chile le fue entregado un cabo, una isla, una mole, una esfinge, una media luna, un cuerno, una espada, un umbral, un refugio de leviatanes, un cementerio, una brújula dislocada, una sonata de piano que acompaña el rugir de la tormenta. En ella aún escribimos y esculpimos los heraldos de la memoria. Alguna vez, Neruda dijo que el mar de Chile era una verdadera «universidad». Es probable que el Cabo de Hornos sea «el examen de grado».

De esta manera, el viaje habrá tenido sentido.

◀ Paola Vezzani, *La Magallánica*. Escultura emplazada en Río Verde, a 90 kilómetros de Punta Arenas. Cemento, acero pintado, maderas lavadas por el mar. 2003. 16 x 6 x 2,5 m. La estilización de un arpón kawashkar recuerda a una quilla de barco o canoa.

» La obra *Gran Sur* de Fernando Prats, instalada en la Antártica en 2011, reproduce el anuncio de sir Ernest Shackleton en el diario *The Times* en 1914: «Se buscan hombres para viaje arriesgado, poco sueldo, frío extremo, largos meses de oscuridad total, peligro constante, regreso a salvo dudoso, honor y reconocimiento en caso de éxito.» *Gran Sur* (2011). Neón, aluminio, madera y generador de energía. Isla Elefante y Base Prat, isla Greenwich.





SE BUSCAN HOMBRER PARA VIAJE ARRIESGADO, POCO SUELDO, FRÍO EXTREMO, LARGOS MESES DE OSCURIDAD
TOTAL, PELIGRO CONSTANTE, REGRESO A SALVO DUDOSO, HONOR Y RECONOCIMIENTO EN CASO DE ÉXITO.